

convenia á mi persona. Piensa que sirves al Rey. Estas palabras que el Duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban de instante á instante en mi ánimo.

CAPITULO III.

Sabe que su empleo no dexa de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á observar.

Al entrar tuve gran cuidado de instruir al hosterero de que era un secretario del primer Ministro, y en calidad de tal no sabia que pedir para mi comida. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dixé me diese lo que quisiese. Me regalo muy bien y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la quarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en donde de ordinario se hospedaban señores extranjeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis

seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta. Tambien dí de adelantado el primer mes. Despues de esto volví al trabajo y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete próximo al mio estaban otros dos secretarios, pero éstos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo Duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad los llevé á casa de mi hosterero, en donde les dispuse los mejores platos, que ofrecia la estacion y los vinos mas delicados y estimados en España.

Nos pusimos á la mesa, y principiámos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí facilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las Universidades.

En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan satisfechos de su acomodo en casa del primer Ministro que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos dan nuestros salarios, y lo peor es que ni aun están arreglados. No sabemos sobre qué pié servimos. Por lo que á mí toca, decia el otro, me con-

contentaria con recibir veinte zurriagazos en lugar de salario, con tal que me dexáran la libertad de tomar otro partido; porque despues de las cosas secretas que he escrito no me atreveré á retirarme de mi propio motivo ni á pedir licencia para ello. No sería mucho fuera á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues de qué viven Vmds.; les dixé yo? Vmds. al parecer tienen hacienda. Muy poca, me respondieron, pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada que les prestaba y mantenía á cada uno por cien doblones al año. Todos estos discursos, de los cuales no perdí una palabra, abatiéron en la hora mis humos orgullosos. Me figuré que sin duda alguna no se me tendria mas atencion que á los otros, y que por consiguiente no debía estar tan contento con mi empleo; que era menos sólido de lo que creía, y que en fin debía guardar mucho mi bolsa. Estas reflexiones me curaron la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á estos secretarios y á desear que se acabase la comida; y quando se llegó á la cuenta tuve una disputa con el figonero sobre el escote.

Nos separámos á la media noche, porque no quise precisarlos á que bebieran mas. Ellos se fueron á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbio aposento, lleno de rabia porque lo habia alquilado, y prometiendo de veras de

xar-

xarlo al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, la inquietud me quitó el sueño. Pasé el resto de la noche en meditar los medios de no trabajar de valde, y me apliqué á seguir el consejo de Monteser. Me levanté con la resolucion de ir á complimentar al Baron de Roncal; estaba en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan orgulloso conociendo que le necesitaba. Fuí pues á casa de este secretario.

Su habitacion se comunicaba con la del Duque de Melar, y le igualaba en magnificencia. No era fácil distinguir por los muebles y adornos al amo del criado; hice diessen recado que estaba allí el sucesor de Don Valerio, lo que no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga Vmd. paciencia si gusta. A Vmd. le harán morder del ajo antes que Vmd. lo haga morder á otros.

Al fin se abrió la puerta de la sala: entré, y me acerqué al señor Baron que acababa de escribir á su hermosa Sirena, y daba el papel á Perillo. Ni quando me presenté al Arzobispo de Granada, ni al Conde Galiano, ni al primer Ministro entré con tanto respeto como en la presencia del señor de Roncal; le saludé baxando la cabeza hasta el suelo, y pidiéndole su proteccion en términos que me lleno de vergüenza quando me acuerdo. Otro me-

menos vano se hubiera enfadado de mi baxeza; pero á él le agradaron mis sumisiones, y me respondió con mucha cortesía que no dexaria pasar ocasion alguna en que me pudiera hacer bien.

Díle gracias con grandes demostraciones de zelo por la inclinacion favorable que me mostraba, asegurándole de mi eterna ley y union. Despues temiendo incomodarle salí suplicándole me perdonase si le habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí este paso tan indigno me retiré á mi bufete, en donde acabé la obra que se me habia encargado. El Duque no dexó de entrar por la mañana, y quedando no menos contento del fin de mi trabajo que del principio, me dixo; esto está muy bueno; escribe, lo mejor que puedas, este compendio histórico sacado del registro de Cataluña: despues de lo qual tomarás de la bolsa otra memoria que pondrás en orden del mismo modo. Tuve una conversacion demasiado larga con S. E., cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia de él al de Roncal! eran dos genios enteramente contrarios.

Este dia comí en una hostería en donde se comia por un precio justo, y resolví ir de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mis complacencias y sumisiones. A lo mas tenia dinero para tres meses: este tiempo me dí de término para trabajar á expensas de

de quien perteneciera, proponiéndeme (siendo las foliaturas más cortas las mejores) abandonar, pasado este término, la Corte y su oropel si no me daban salario. Dispuesto mi plan nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al Baron de Roncal; pero hizo tan poco caso que perdí la esperanza. Mudé de conducta, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el Duque.

CAPITULO IV.

Gil Blas adquiere el favor del Duque de Melar, que le confia un secreto de importancia.

Las visitas que S. E. hacia á mi mesa todos los dias eran entrada por salida; sin embargo pude ganarle insensiblemente la voluntad, y tanto que me dixo una siesta: escucha, Gil Blas: sabe que me ha agradado tu genio, y que te tengo amor. Tú eres un mozo zeloso, fiel, muy inteligente y prudente; me parece que no erraré si te doy mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus pies, y despues de haberle besado respetuosamente una mano que me alargó para levantarme, le dixe: ¡es posible que se digne V. E. de honrarme con tan grande favor!

¡Quántos enemigos secretos me han de ocasionar vuestras bondades! Pero solo temo el aborrecimiento de uno, que es el Barón. Nada tienes que temer de él, respondió el Duque; conózcole desde su niñez, me ha amado, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes á los míos, que quiere lo que quiero, y aborrece lo que me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversión, debes al contrario contar con su amistad. Con esto conocí quánto asustado era el señor de Roncal, y cómo se había apoderado del corazón de S. E., y quánto debía precaverme de él.

Para principiar, prosiguió el Duque, á darte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito; porque conviene que estés instruido de él para que procures desempeñar las comisiones que te encargaré en adelante. Hace mucho tiempo que mi autoridad se respeta generalmente: mis decisiones se siguen con ceguedad, y dispongo á mi antojo de los encargos, empleos, gobiernos, virreynatos y beneficios; en una palabra, reyno en España. Mi fortuna no puede pasar adelante; pero quisiera ponerla al abrigo de las tempestades que principian á amenazarla; y para este efecto me alegrára de que fuera mi sucesor en el Ministerio el Conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo notado el Ministro que este punto de su discurso me había sorprendido en extremo, me dixo: conozco bien, Santillana, cono-

nozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino al Duque de Duzae, mi propio hijo; pero sabe que éste es de un entendimiento muy limitado para ocupar mi empleo, y además es mi enemigo. No puedo sufrir que haya encontrado el secreto de agradar al Rey, y que éste quiera hacerle su Privado. El favor de un Soberano es semejante á la posesión de una muger á quien se adora: de esta clase de felicidad es uno tan zeloso, que no puede resolverse á partirla con un rival, por muy unido que esté con los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, el fondo de mi corazón; he procurado ya desconceptuar en la mente del Rey al Duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo he puesto otra batería: quiero que el Conde de Sumel se insinue por su parte con el Príncipe, y adquiera su estimación. Siendo Gentil-hombre de cámara con destino á su quarto tiene ocasión de hablarle cada instante, y además de que tiene entendimiento sé yo un medio de hacerle salir con su empresa. Con esta estratagemá opondré mi sobrino á mi hijo; haré nacer entre los primos una división que les obligará á buscar mi apoyo, cuya necesidad hará que el uno y el otro me sean sumisos: vé aquí mi proyecto, añadió, tu mediación no me será inútil. Irás al Conde de Sumel de mi parte secretamente, y me dirás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que miraba como dinero contante, ya no tuve inquietud. En fin, decia yo, véme aquí baxo una gotera, de donde va á caer sobre mí una lluvia de oro; es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la Monarquía de España no esté bien presto colmado de riquezas. Lleno de tan dulce esperanza veia con indiferencia agotarse mi pobre bolsa.

CAPITULO V.

En donde se verá á Gil Blas colmado de gusto, honor y miseria.

Bien presto se conoció la inclinacion que el Ministro me tenia: él mismo lo daba á entender de proposito haciéndome llevar la bolsa que tenia costumbre de llevar S. E. mismo quando iba al Consejo. Esta novedad dió ocasion para que me mirasen como un particular Privado, excitó la envidia de muchos, y me ocasionó muchos besamanos en la Corte. Los dos Oficiales mis vecinos no fueron los últimos que me cumplimentaron sobre mi próxima grandeza, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalia, como con el objeto de obligarme á que los sirviese en lo sucesivo. Por todas partes me festejaban; tam-

tambien el orgulloso Roncal mudó de estilo. Ya me daba el nombre de Señor de Santillana, quando hasta entonces me habia tratado siempre de Vos, sin haberse servido jamas de la voz de Vmd.; me hacia mil cortesías, sobre todo quando pensaba que nuestro patron podia notarlo; pero os aseguro que no trataba con ningun tonto; correspondí á sus cumplimientos con tanta mas política quando mas era el aborrecimiento que le tenia: no se hubiera portado mejor un cortesano rancio.

Tambien acompañaba al Duque mi señor, quando iba á Palacio, que por lo regular era tres veces al día; por la mañana entraba en el quarto de S. M. quando se despertaba, se ponía de rodillas junto á la cabecera, trataba de las cosas que habia de hacer en el dia, y le dictaba las que habia de decir: despues se retiraba; luego que habia comido volvía, no para hablarle de negocios sino de cosas alegres: le contaba todas las aventuras gustosas que sucedian en Madrid, de las quales era siempre el primero que estaba instruido, porque tenia personas asalariadas para este efecto; y en fin volvía á la noche por la tercera vez á ver al Rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia de ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras que estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas de calidad que buscaban el favor de la

la Corte, las que procuraban mi conversacion y se gloriaban de que yo quisiera mantenerla. En vista de esto ¿cómo podría yo no creerme hombre de consecuencia? Muchos hay en la Corte que con menos motivo se juzgan tales.

Un dia tuve motivo de mayor vanidad. El Rey, á quien el Duque habia hablado muy ventajosamente de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver un rasgo de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, me llevó á presencia del Monarca, y me mandó leyese la primera memoria que habia compilado. Si la presencia del Príncipe me turbó al principio, la del Ministro me sosegó inmediatamente, y leí mi obra, que S. M. oyó con gusto: éste tuvo la bondad de manifestar que le habia agrado, y aun de encargar á su Ministro cuidase de mi fortuna. Esto nada disminuyó el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el Conde de Sumel acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Busqué un dia á este Señor de parte de su tío en el quarto del Príncipe, y le presenté una carta credencial, por la qual el Duque le aseguraba podia hablarme con satisfaccion, como que estaba instruido de todo su negocio, y era destinado para mensagero de ambos. El Conde, despues de haberme leído la esquila me conduxo á una sala en donde nos en-



Conduce el Duque de Medar primer Ministro á Gil Blas á presencia del Rey y muy satisfecho.

Vicente Lopez Laguna sculp.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

encerramos solos, y en ella me tuvo este discurso: pues que Vmd. ha logrado la confianza del Duque de Melar, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á Vmd. depositario de la mia. Vmd. sobrará pues, que las cosas van grandemente: el Príncipe de España me distingue entre todos los Señores que le sirven, y que no piensan mas que en agradarle. Esta mañana he tenido una conversacion particular con S. A., en la qual he observado que está disgustado de verse por la avaricia del Rey sin facultades para seguir los movimientos de su generoso corazon, como ni de hacer aun el gasto conveniente á un Príncipe. Yo he manifestado quanto lo sentia, y habiéndome aprovechado de la ocasion he ofrecido llevarle por la mañana, quando se levante, mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré incesantemente; mi promesa le ha dado mucho gusto, y estoy seguro de captar su benevolencia si se la cumplo. Id, añadió, y decid todas estas circunstancias á mi tio, y volved esta tarde á decirme su dictámen.

Luego que concluyó me despedí del Conde, y pasé al Duque de Melar, que oido mi recado, hizo al otro Secretario me diese mil doblones, que llevé aquella noche al Conde, diciendo entre mí: bueno, bueno; ahora considero qual es el medio infalible que tiene el Ministro para salir con su empresa: pardiez que

que tiene razon; y segun todas las apariencias estas prodigalidades no le arruinarán; facilmente adivino de qué cofre sacó estos bellos doblones; pero sobre todo ¿no es justo que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del Conde de Sumel me dixo en voz baja; á Dios, nuestro amado confidente. El Príncipe de España tiene alguna inclinación á las damas: es necesario que tú y yo tratémos de esto en la primera ocasion. Yo preveo que muy presto necesitaré tu asistencia. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Qué diablos es esto, decía yo? véme aquí próximo á ser el Mercurio del heredero de la Monarquía. Yo no examinaba si era bueno ó malo; la calidad del galan aturdió mi conciencia. ¿Qué gloria para mí ser Ministro de los gustos de un gran Príncipe! Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, Vmd. no era mas que un Ministro subalterno: convengo en ello; pero en el fondo estos dos empleos son de un mismo honor; solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantándome mas de dia en dia en la gracia del primer Ministro, con unas esperanzas tan bellas, ¿qué feliz no hubiera yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dexado mi aposento magnífico, y

que ocupaba un quarto pequeño en una posada de las mas pobres. Aunque esto me diese pena lo llevaba con paciéncia, porque salia bien de mañana, y no volvía hasta la hora de acostarme. Todo el día estaba sobre mi teatro, es decir, en casa del Duque, en donde hacia el papel de Señor; pero quando me retiraba á mi camaranchon desaparecia lo señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de que hacerlo. Yo era demasiado vano para descubrir á persona alguna mis necesidades; y ademas á nadie conocía que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevía á llegar porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la Corte. Habia tenido la precision de vender mis vestidos pieza á pieza, no habiendo dexado mas que aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi ordinario. ¿Qué hacia yo, pues, para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas se nos traía á nuestras mesas para desayunarnos un panecillo y un dedo de vino; esto era todo lo que nos hacia dar el Ministro. Yo no comía mas que esto en todo el día, y por lo ordinario me acostaba sin cenar.

Tal era la situacion de un hombre que brillaba en la Corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo no pude resistir á mi miseria; y al fin me determiné á descubrir la diestramente al Duque de Melar si en-

contraba ocasion. Felizmente se presentó en el Escorial; á donde el Rey y el Príncipe de España fueron algunos dias despues.

CAPITULO VI.

Como Gil Blas hace conocer su miseria al Duque de Melar, y de qué modo le trató el Ministro.

Quando el Rey estaba en el Escorial mantenía á todo el mundo, de modo que allí no sentía yo el peso de la pobreza. Dormía en una recámara cerca de la sala del Duque. Una mañana habiéndose levantado el Ministro, segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con una escribania, y me dixo le siguiese á los jardines de Palacio. Nos sentamos baxo unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenía en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy serios, y á la verdad solo hablábamos de vagatelas.

Ya habia mas de una hora que le divertía con todas las agudezas que me sugería mi humor jocoso, quando se plantaron dos grajas

sobre los árboles que hacian sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atención. Estos páxaros, dixo el Duque, parece que están de riña: me alegraría saber el asunto de su quimera. Señor, le dixe, vuestra curiosidad me trae á la memoria una fábula Indiana que leí en Pilpai ú en otro autor fabulista. El Ministro me preguntó qué fábula era ésta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reynaba en la Persia un buen Monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, encargó este cuidado á su gran Visir. Este Ministro, llamado Atalmuc, tenía un genio superior. Sostenia sin atosigarse el peso de aquella vasta Monarquía, y la mantenía en una paz profunda. Tambien tenía el arte de hacer amable la autoridad Real, haciéndola respetar, y los vasallos hallaban en este fiel Visir un padre que los amaba tiernamente. Atalmuc tenía entre sus secretarios un joven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros, gustaba de hablar con él, le llevaba á caza, y le descubría hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ambos en un bosque, habiendo visto el Visir dos cuervos que graznaban sobre un arbol, dixo á su secretario: yo me alegraría saber lo que estos animales se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos